

CUANDO uno entra al departamento del actor Rubén Sotoconil en el segundo piso de calle Tarapacá, lo primero que le impresiona son las hileras de fotografías en las murallas. Son casi todas de sus hijos o de su esposa, en diferentes poses y edades. El "funcionario" de la película "Deja que los perros ladren", nos explica:

—Heredé uno de los hobbies de mi padre...

El padre de Rubén, don Armando Sotoconil Ramírez, era director de una escuelita de Antuco, un caserío a orillas del río Laja y en la falda de contrafuertes cordilleros, cuando nació el actor. Pero no alcanzó a conocerlo. Falleció cuando apenas tenía dos años. No obstante, en el colegio paterno se educaron de todo: hombres que más tarde serían bandidos o destacados políticos y dirigentes como lo fueron Alejandro Serani y Bernardo Ibáñez.

Después de enterrar a su padre, el pequeño Rubén viajó a Mulchén a casa de sus abuelos, quienes acostumbraban llevarlo a las montañas durante el corte de los árboles. Los abuelos eran madereros, y de este modo el futuro actor continuó modelando su carácter en la soledad de la naturaleza, que le fortaleció el ánimo y la voluntad durante toda su primera infancia. Las primarias las hizo en esa ciudad, pero las humanidades en el liceo de Los Angeles. Cuando aquí cursaba el cuarto año tuvo un incidente con el rector que influyó en su apacible temperamento. Un día que el rector hacía clases de aritmética cometió un error demasiado visible. Rubén Sotoconil cometió la imprudencia de corregirlo, y bastó esto para que el rector empezara a hostilizarlo por haber dejado en descubierto su ignorancia.

Y el rector aguardó la venganza

TRES DIAS PRESO

Llegó pronto. Por esos tiempos corrían vientos de fronda por las minas del sur y más de alguien susurró que en el liceo de Los Angeles algunos alumnos repartían volantes revolucionarios. La policía allanó varias casas, sin encontrar esos volantes. Se dirigió entonces al Liceo. Llevaban un nombre: el de Rubén Sotoconil, que ignoraba lo que sucedía y estaba sólo dedicado a sus estudios. Cuando preguntaron por él, el rector lo llamó a su despacho y sin averiguar si el alumno estaba implicado en esas actividades ilícitas lo entregó a la policía.

Rubén Sotoconil era un mocoso, pero quedó arrestado. El juez de Los Angeles se declaró incompetente y lo envió en proceso a Concepción, en donde lo encerraron en el pabellón de los presos políticos. Por esos días se declaró en la cárcel una huelga de hambre y el magistrado tuvo que sobreseer al alumno "por falta de méritos". Volvió a Los Angeles vana-

EL "FUNCIONARIO" DE LA PELICULA "DEJA QUE LOS PERROS LADREN":

RUBEN SOTOCONIL, EL HOMBRE INQUIETO



Rubén (el de la izquierda) a los 16 años, con dos compañeros de liceo.



Rubén a los 21 años (en círculo), con un grupo de locutores y artistas de radio, entre los cuales se halla la otrora famosa Heli Grandón (la quinta de izquierda a derecha).



Rubén a los 19 años, en foto de estudio. Rubén en "El Sombrero de Paja de Italia".



Tuvo una vida febril: fue poeta, locutor, periodista, profesor y actor. Siendo liceano lo llevaron preso por venganza del Rector. Fundador del ITUCH, interpretó papeles diferentes en más de 70 obras de las 96 que ha escenificado hasta la fecha.

mente, y para seguir sus estudios tuvo que trasladarse a San Fernando. Como su madre pasara aflicciones, para mantenerla a ella y a dos de sus hermanos (los mayores la dejaron sola para hacer su propia vida), Rubén Sotoconil se vio obligado a dar clases a sus compañeros, en sus casas, para mantenerlos y poder continuar estudiando.

POETA Y LOCUTOR

En San Fernando, Rubén Sotoconil se hizo poeta. Estaba en la edad y fabricaba versos por cualquiera cosa. Un año que resultó laureado en los juegos florales de la ciudad, el crítico del diario lo desalentó en su romántica carrera al bautizarlo como "versificador". Este título lo hirió profundamente, y dejó la poesía.

En 1937 llegaba a la capital con su madre, para seguir la carrera de ingeniero. Se matriculó en la Escuela de Ingeniería, que tuvo que abandonar antes del año empujado por la mala situación. Seguía haciendo clases particulares, y una mañana que iba en un tranvía, en la esquina



Rubén Sotoconil, tal como aparece en la película chilena "Deja que los Perros Ladren".

de Agustinas con San Antonio divisó una "cola" que le atrajo la atención. Se bajó, y luego de cerciorarse de que se trataba de un concurso de locutores, se puso en la "cola". Llegó a las finales del concurso con Ricardo Younis y ambos fueron contratados en Radio Agricultura por 420 pesos mensuales. Era una fortuna, y de esta manera empezaba su oculta vida artística que no dejaría más. Después de cumplir su contrato con la Agricultura, pasó a la Cooperativa y, finalmente, a la popular Radio del Pacífico, en donde llegó a ser el primer animador chileno. Esta emisora tenía ya auditorium, y Rubén Sotoconil se convirtió en apasionante figura radial. De esa época aún le quedan cientos de cartas y tarjetas de admiradoras, pero la radio no era su meta. De esto se dio cuenta en las noches de bohemia, cuando solía reunirse con periodistas como Orlando Cabrera Leyva, Heliodoro Torrente y Julio Lanzarotti, con quienes formó la "Hermandad de los Desamparados y las Almas Huérfanas". Más tarde, con esos mismos periodistas que dinamizaban la revista "Ercilla" confeccionó las primeras fotoneles en Chile. En "Ercilla" se publicaban fotocrimenes, en las que Rubén Sotoconil hacía el papel de sospechoso. Y por estos papeles también adquirió fama, a tal punto que, en un viaje de vacacio-

Rubén (sentado, a la izquierda), en "La profesión de la señora Warren", con Carmen Bunster. Tessier y Parada.

